

EL DIA

AÑO V. Nº 184.

Montevideo Julio 19 de 1936.

Juegos Atléticos en el Instituto Crandon

FOTOS. R. y J. CARUSO



Uno de los asaltos de la 7.a brigada, tomado de los apuntes del Coronel Garmendia.

Pero ese triunfo parcial está a punto de convertirse en derrota varias veces. Los ataques y contra ataques se suceden, los paraguayos se repliegan para volver de nuevo a la carga. Una reciente ofensiva de los aliados había sido rechazada con grandes pérdidas. La situación se torna comprometida. El General Flores, jefe de la acción, ordena al Coronel León Palleja, hombre de toda su confianza, de un valor a toda prueba y a quien puede confiarse la misión peligrosa de una nueva acometida, en medio de un fuego terrible de metralla por el frente, y los flancos, que barrian filas enteras de soldados y oficiales. El valiente bata'lón "Florida", recibe la órden de marchar a la reserva apoyando el movimiento. La columna sigue impertérrita su avance. El Coronel argentino José Ignacio Garmendia actor en la misma guerra nos dice al respecto. "La resistencia de los paraguayos se hace tenáz, el guerreador oriental Coronel León Palleja está en su elemento. El batallón "Florida" formado en bata'la, completamente diezmado, era el único apoyo con que se contaba en caso de un revés. Era pues la llave de la victoria, y en efecto poco después flameaba la bandera del triunfo.

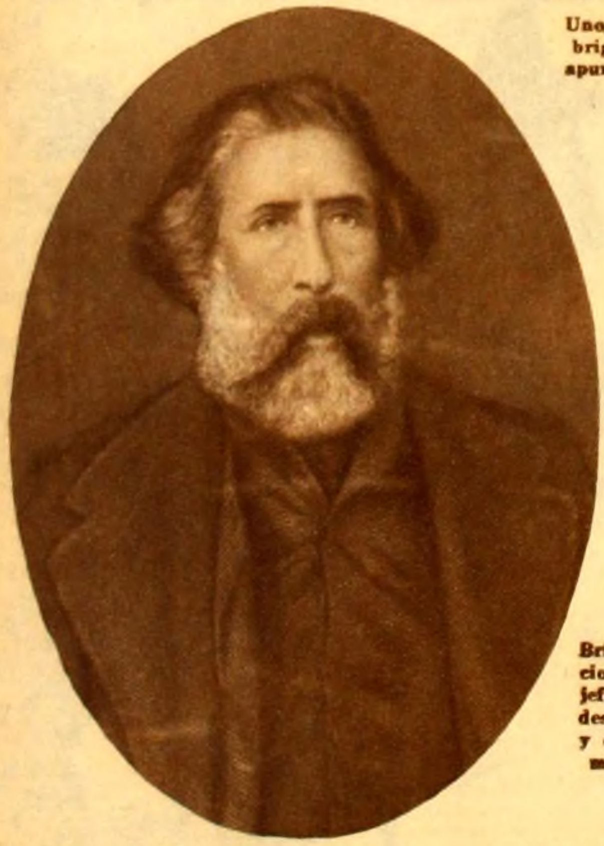
El enemigo pasa así de una a otra de sus trincheras — el entrevera continúa encarnizado y sangriento... De pronto, un minuto de angustia... Un proyectil acaba de alcanzar al Coronel Pal'eja, Jefe superior del asalto, y aquel bravo oficial pundonoroso Coronel de la República Oriental, murió peleando.

El Coronel Dominguez, hace conducir el cadáver ante el batal'ón y lo incita a vengar su muerte — el Capitán Pereda rinde honores a ese héroe mientras la batalla continúa sangrienta.

Aquella trinchera del Sauce, había costado tres dias de lucha incesante y quedaron en el campo más de 7000 combatientes de sangre americana.

(De la colección del señor Roberto Pietracaprina).

FUE TRAGICA PARA LOS ORIENTALES



Brigadier General Venancio Flores, que mandó en jefe las fuerzas aliadas, desprovisto de su uniforme y condecoraciones, tal como hizo la campaña del Paraguay.



La flecha señala las trincheras del Sauce y el sitio del combate.

Se cumplieron ayer los 60 años en que tuvo lugar la batalla del Sauce, conocida también por Boquerón, entre el ejército de la Triple Alianza, de que el Uruguay formaba parte, contra las fuerzas que obedecían al tirano del Paraguay, Francisco Solano López.

El terreno que había de servir para el desarrollo de aquel episodio guerrero, lo formaba el espeso bosque del Sauce, intermedio entre los dos beligerantes, — constituído por una faja irregular de tupidos árboles, lindero a un gran carrizal, y dentro de su configuración lo cortaban varias abras naturales que serpenteaban flanqueados por diversas picadas. Algunas se utilizaban como senderos abiertos, las otras formaban selvas tupidas e impenetrables, que hacían sumamente difícil y peligroso el desarrollo de las operaciones militares.

El general Venancio Flores y las tropas a su mando, tenían el campamento junto a uno de esos caminos que nacía en el potrero del Sauce, e iba gradualmente aumentando su anchura hasta salir por el costado Este. El extremo opuesto estaba interceptado por la trinchera del Sauce, justo en la tangente del abra natural, y cerrando el boquete de los dos caminos que se comunicaban dentro del monte.

Aquella trinchera, abierta y rodeada por un ancho foso circundante, constituía un baluarte de difícil acceso y con amplias condiciones defensivas.

E. . peligroso camino, y si se quiere hasta traicionero, era el único sitio que presentaba a pesar de todo, una probabilidad, aunque difícil y arriesgada, de llevar un ataque al enemigo en ese sector. Y tan fué así que se consideró en todo momento, como una empresa temeraria.

Aparte de estas dificultades, simultáneamente, mientras los aliados ultimaban sus preparativos para iniciar el ataque de aquellas posiciones, los paraguayos trabajando de noche, sin hacer ruido, aumentaban en unos mil metros más el largo de la trinchera, y la distribuían hábilmente para dominar, desde aquella altura, la salida de todos los senderos.

Y decimos hábilmente, porqué aquellos trabajos a base de zapa, pala y pico, se efectuaban a 700 metros del ejército aliado, y solo al amanecer, pudieron divisar una trinchera que flanqueaba audazmente sus posiciones, disimulando sus actividades, con grandes ramas de árboles y aprestándose en aquellos momentos para artillar'a convenientemente.

Trazada a así a grandes líneas aquella posición paraguaya, y el campo que había de ser teatro de una acción memorable, los brasileros iniciaron el 15 de julio un nutrido fuego de artillería, y comprendieron entonces la gravedad de la situación.

El día 16, 3000 soldados se lanzaron en avance bizarro, apoyados por la artillería del General Venancio Flores y la infantería brasilera. De uno y otro lado combatían como leones —la lucha era terrible — el terreno se disputaba palmo a palmo — se sentía un intenso cañoneo y la resistencia de los paraguayos parecía inquebrantable. Nuevas fuerzas entraban en acción para suplantar a las anteriores que estaban extenuadas y disminuídas por la cantidad de muertos y heridos. Se oyen voces de mando, y los aliados tratan en supremo esfuerzo a la bayoneta, peleando hombre contra hombre, llegar hasta la trinchera del Sauce, que ocupan victoriosamente.



LA TRINCHERA DEL SAUCE PARAGUAYO.

El batallón "Florida" bajo el fuego del enemigo, presenta armas a su jefe el Coronel León de Palleja, que acaba de morir. Cuadro de D. Hequet en el Museo Nacional.



Ataque a la trinchera del Sauce por las fuerzas aliadas. — Dibujo de Fortuny sacado de los croquis del Coronel Garmendia.



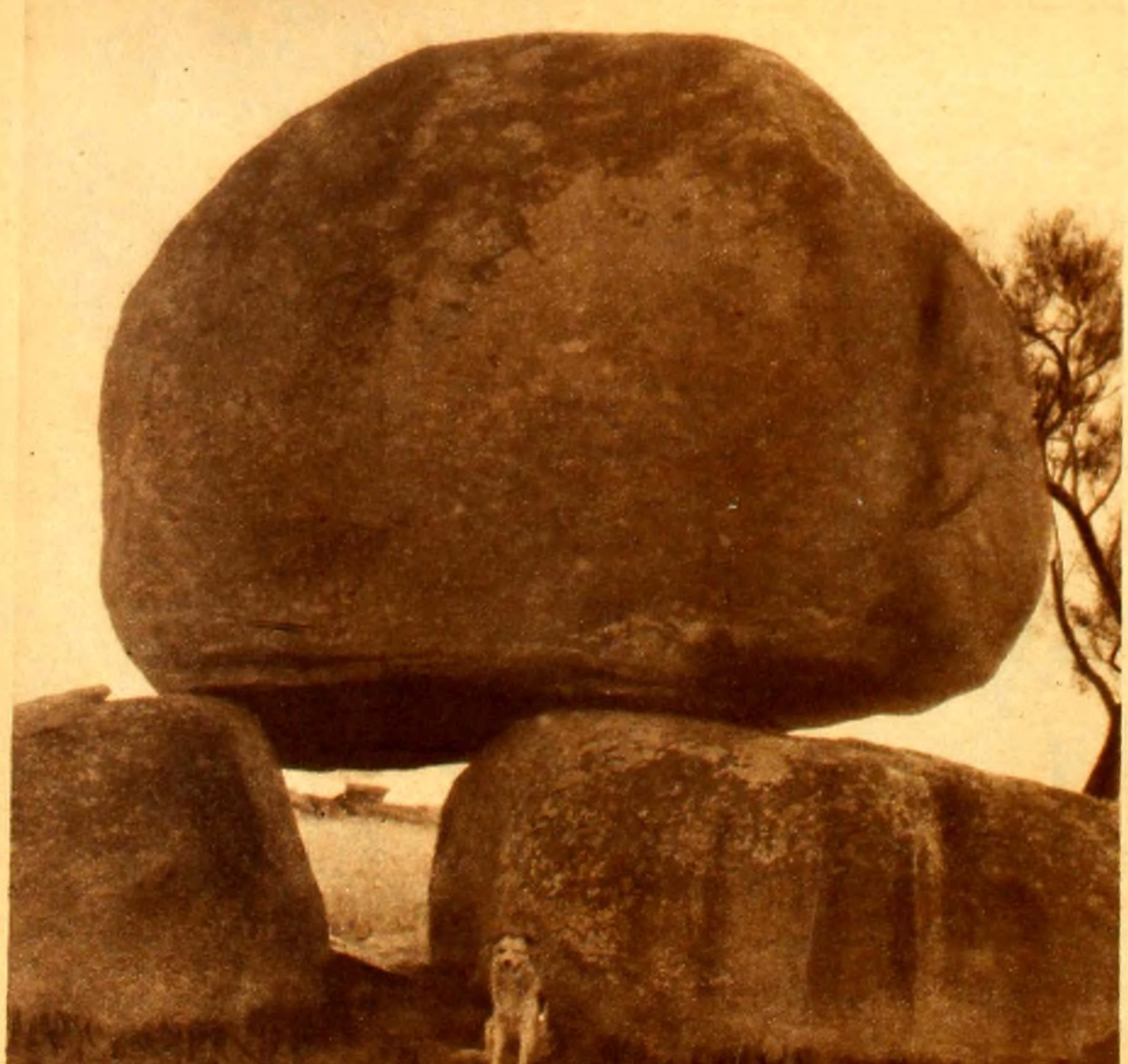
Presidente del Paraguay: Mariscal Francisco Solano López.

El Coronel León de Palleja, sacado del campo de batalla por los soldados del batallón "Florida".

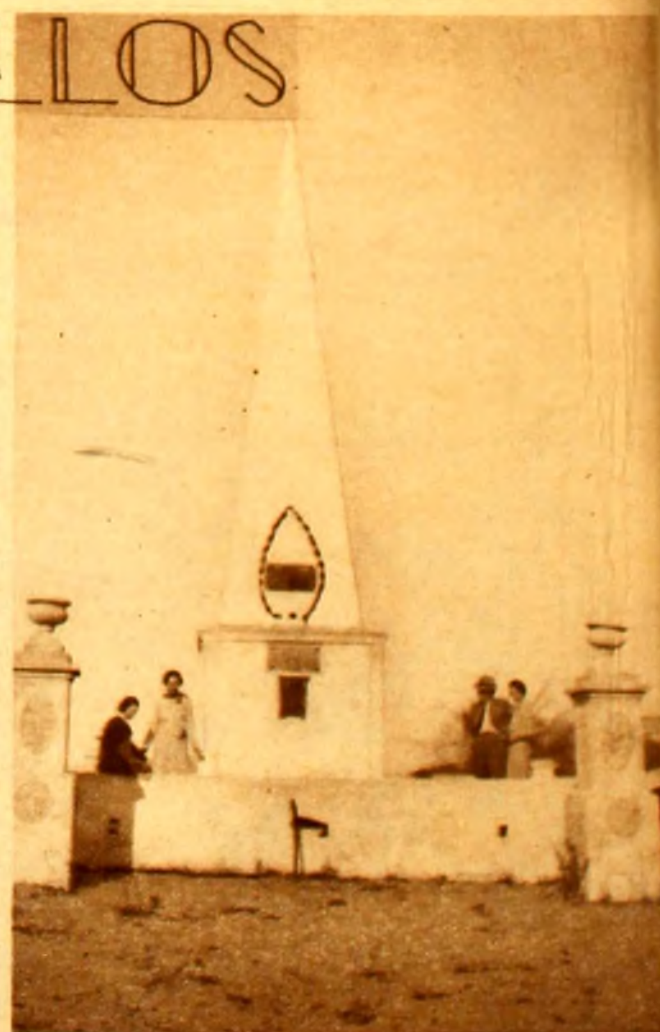




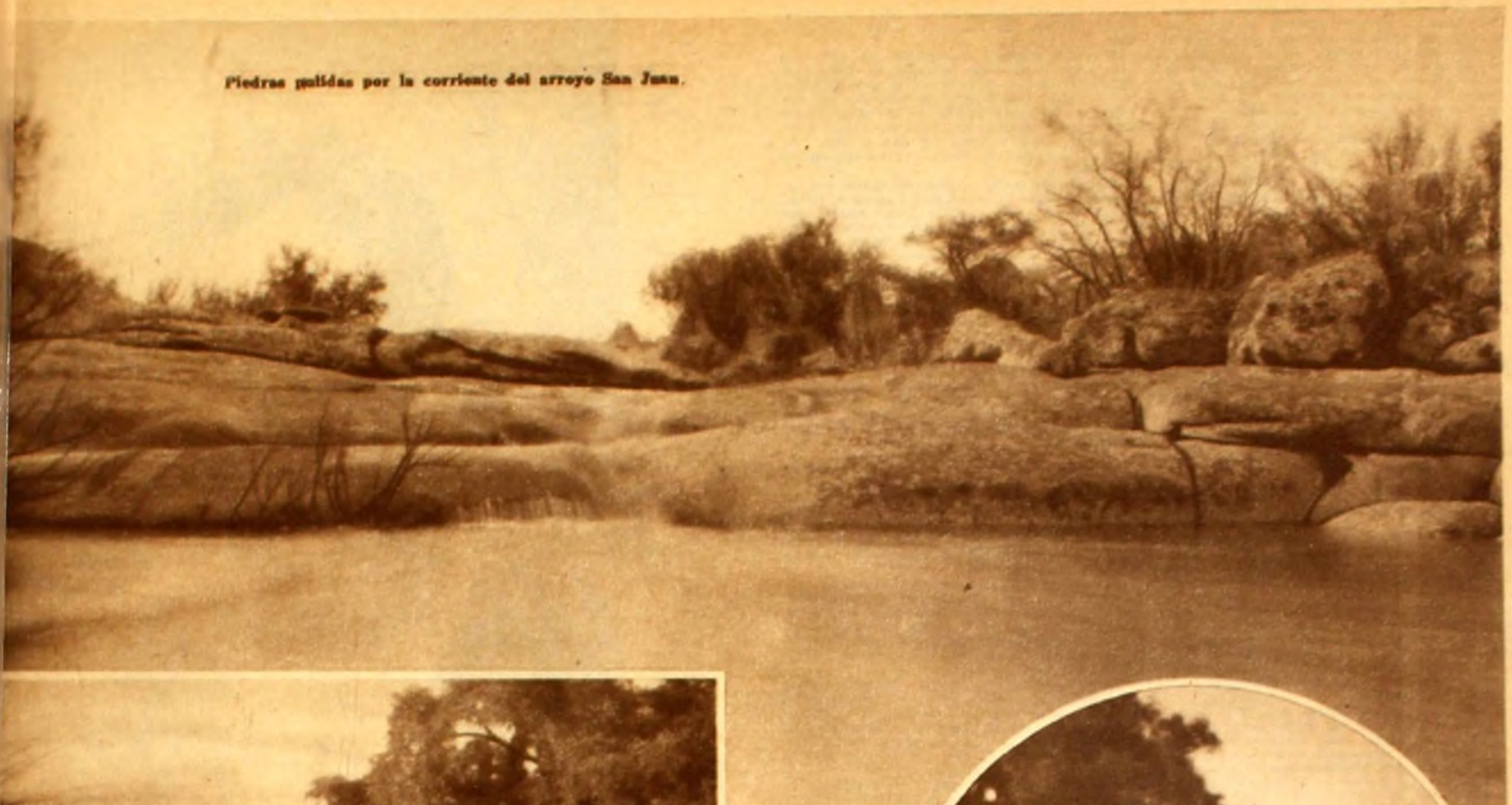
PAISAJES CRIOLLOS



Un capricho de la naturaleza, en campos de la sucesión de P. Juanicotena. (Departamento de Colonia).



Pirámide de los Treinta y Tres Orientales, en la Playa de la Agraciada, lugar de desembarco de los patriotas.

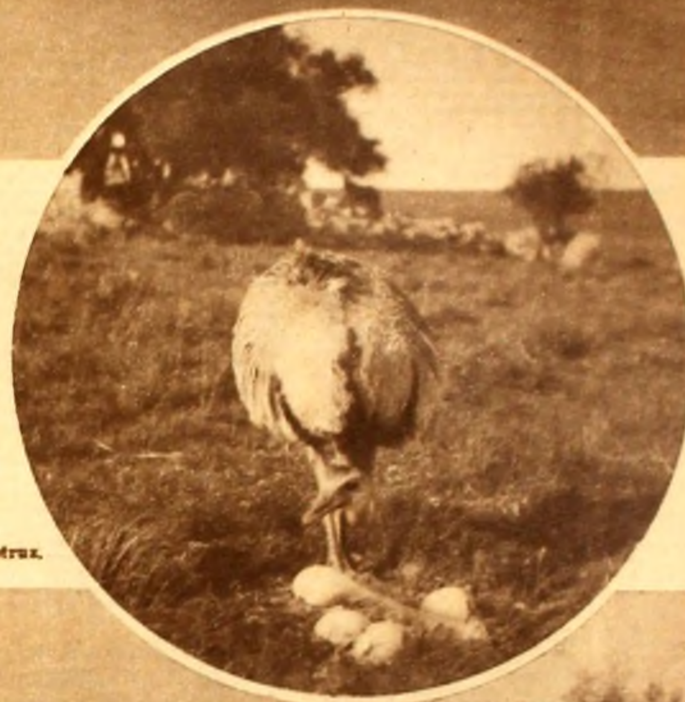


Piedras pulidas por la corriente del arroyo San Juan.



Paisaje del Departamento San José, contiguo a la carretera Montevideo - Colonia.

(Fotografías remitidas por el señor Pedro M. Juanicotena).



Nido de avestruz.



Arroyo San Juan, en el Departamento de Colonia.

SOBEO...

CUENTO de SANTIAGO DOSSETTI



Los gringos pusieron, de la noche a la mañana, el cernidor apacible de una chacra, entre la ranchería indefensa de los negros y la opulencia provocadora de la estancia.

El primero en llegar al cuadro de casas de los labriegos — con hebras de pasto verde señalando las hiladas de terrones — fué el negrito "Sobeo". Husmeaba fraternidad.

Mal llamado Sobeo en la estancia vieja, porque su verdadero nombre era Margarito.

—Malgarito Rodrigue, pa selvilo...

En esa ranchada todos los negros eran Rodrigues. Marcharon la vida pegados a la hacienda del viejo terrateniente lugareño, como una "bajera" sucia a la cruz herida y sudorosa. Cuando el amo, desapareció, la negrada se aqueresó contra el apellido.

Fué la herencia.

Eso, y alguna cicatriz disimulada entre el pellejo escamoso.

Margarito era menos muchacho que yo, pero más apunado, de huesos visibles y afilados. Caminaba blandito, con el cuerpo flojo. Cambiaba el ritmo vacilante, a medida de los pequeños obstáculos. Tenía la espalda hundida, como si la fueron presionando con un puño. El juego de las rodillas, torpe o desmañado, ponía a su caminar en leve zarandeo, de nuca a frente. Trataba de asir un invisible apoyo que se alejaba siempre.

Los brazos largos le caían en desgano de pulpa sin hueso. Fué lo que le dió bautismo en los galpones de la estancia:

—¡Sobeo!

Los peones nunca erraban ni el nombrete ni el chirlazo a las patas desnudas de los negritos.

Después de Margarito, los demás negros y las morenas empezaron a resbalar hasta la chacra, como gotas de agua que la cerrazón gruesa va volteando de los alambrados. Con anuencia de los labriegos — mis mayores — cortaban derecho a la estancia, sin despuntar las melgas barbechadas. O hundían los cuerpo sen el maizal. Los atados de ropa limpia, firmes encima de la cabeza motosa, más que boyas flotando sobre el verde movedizo, parecían redondos trozos de nube suspendidos en el aire de la mañana.

Al retorno, siempre había para las negras un pañuelo atado por las puntas, con choclos reventones en leche; una mano dura y caliente o alguna herramienta prestada. Solían llevar semillas que malplantaban o rezos dificultosos para las noches de enfermedad y miedo. Rezos que se apichonaban en los labios y la memoria lerda y se fatigaban aleteándo contra el campo, apretados por la mansedumbre y el cansancio físico.

☼

Desde que le prohibí que me tratara de "usté" el negro Margarito fué mi amigo. Tal vez de antes.

Era hábil para trenzar lacitos de cerda y colocarlos en los tenues caminitos que iban, como venillas, de los potreros a la chacra. Hacía las armadas antes que levantara el rocío y cuando las menudas faenas de la estancia le daban una tregua, salía a recoger las perdices cobradas por su artimaña. La humedad de los pastos le albeaba los pies desplayados, tal si pisara en leche. El empeine lleno de semillitas y briznas, denunciaba las escapadas del negro a los plantíos.

—Son pa vos...

Nunca llevaba una perdiz ni a la estancia ni a los ranchos. Me las dejaba, como si saldara deudas. Sentía placer en dar cosas suyas, cuya posesión no la debiera a nadie.

—Che, Margarito... venite a comer un guiso de perdiz...

—No me gustan. Son medias seconas. Las cimbro por cimbrarlas... y porque ustede dicen que son linda...

Y volvía a la estancia.

Los domingos, la estancia quedaba vacía. Las mujeres se iban en carruajes para el pueblo, cuya plaza ardía en vecinos y en sones de la banda del regimiento. Los hombres ganaban la pulpería o se metían en bailes de convite, que empezaban al oscurecer del sábado y terminaban con el sol del lunes. Margarito, dueño de su soledad, traía cañas de pescar y algunos rudimentarios instrumentos de caza. Rumbeábamos para el monte. Partíamos trozos de pan rubio, cocido por la mañana, y salíamos buscando los tajos del campo, hasta dar con los pesqueros menos frecuentados.



El tenía aripucas disimuladas en todos los albardones de la costa. Recogía, en otoño, brazadas de varillas de mimbre, gruesos como el dedo chico. Derechitas. De ponerlas en una línea con el agua quieta de la laguna. Después sacaba tientos de la corteza elástica de la envira, y las aripucas "se hacían solas", según su expresión de diestro sin sentido teatral del oficio.

Iba sembrando los claros del monte con pirámides huecas. Cuando la saripucas se levantaban de un lado "con la boca abierta", era señal de que Margarito estaba cerca, hecho una bola entre la vegetación hostil, esperando que cayeran los trespó, las palomas color nube o el chisperío ígneo de los cardenales. Tenía una tenacidad terca, de perro bichero y conocía la hora de todos los pájaros, cuyos cantos, remedaba, con los labios firmes sobre la dentadura pareja.

Nuestro silencio y las voces imprecisas del monte, solían hilvanarme al miedo. Para defenderme arrojaba algún tronco seco o guijarro al agua. La laguna devolvía el golpe en un quejido de metal apagado. En ruido amigo.

El negro se molestaba, sin moverse.

Por entre los arbustos venían sus ojos como cuchillo.

☼

La historia de Margarito cabía en un silencio. Para él todo recuerdo era tristeza. Vino a la estancia hecho un atadito hambriento, sobre la cadera de una morena joven. Había nacido como todos sus parientes en sangre y desgracia: de semilla que andaba en los vientos. La primavera en la vida de las negras, era un otoño de hijos.

Cuando la madre sintió que echaba los pulmones por la boca, tomó el camino del pueblo. Margarito fué, entonces, una hoja en los remolinos de la estancia. Hasta los pollos mansos, visitantes continuos de la cocina, lo dejaron muchas veces sin su trozo de carne cocida o su miajón de pan.

Cortó espinillales, repuntó terneros, abrió porteras, buscó nidales entre las ortigas y las cicutas, hasta que lo llamaron de adentro. Para cebar mate. El acarreo comenzaba con sol alto, porque el hijo del patrón se levantaba casi a mediodía. Era un mocetón que se hacía ensillar el caballo de nochecita.

Una mañana, inadvertido, el negrito chorreó con el mate el poncho claro que pendía de una silla.

Margarito tenía memoria vaga de este suceso. Había sentido un golpe seco y profundo en la espalda. Luego, algo que no era frío ni calor le corrió por el cuello y fué a desparramarse como luz estallante en la cabeza. El frescor de la noche le encontró tumbado sobre unos cueros de oveja, en el galpón de media agua. Quiso darse vuelta y no pudo. Levantado por el dolor y la fiebre, metía los ojos desmesurados por el paño de cielo cercano que le ponía mojinete al galpón. La carne rota de la espalda le hundía cien ganchos puntiagudos, llevándolo, nuevamente, a lo hondo. Desde allí asistía a la danza de unas lucecitas coloreadas, que Margarito no sabía si estaban pegadas a la sombra o a su carne. En los rincones oscurecidos empezaba a levantarse un hormigueo de murmullos, en hervor de calderas sumidas en el rescoldo. Todas las cosas muertas del galpón cobraban vida repentina. Los lazos arrastraban sus argollas pulidas, deslizándose en el piso de tierra firme. Los cueros secos se doblaban sobre sí, en cómica actitud de morderse la cola. Un arreador golpeaba las alas resonantes de un recado, y éste daba brincos repuntando al cuerambre, para lanzarse en arremetida sorda contra el negrito afiebrado.

—¡Se viniero!...

Margarito esperaba el aluvión sin poderse encoger. Apretaba los dientes y los puños para contrarrestar el desgarramiento. Pero, de pronto, un paño frío y renegrido subía desde el piso hasta cubrir el mojinete desguarnecido, y las figuras hostiles desaparecían silenciosas, flotantes, en un olvido sin dolor.

Fiebres, angustia y soledad fueron señalando la enfermedad y la convalecencia de Margarito. Cuando pudo caminar de nuevo, a remezones, notó el extraordinario crecimiento de los brazos. Había perdido el juego fácil de las articulaciones. En la cicatriz de la espalda le cabía un puño. Tentó con miedo los viejos caminos, andando blandito. Los brazos eran dos guascas lacias, mojadas, engrasadas, sucias, usadas. Dos guascas de brete que pugnaban por arrastrarse:

—¡Sobeo!...

—¿Y por qué te dicen Sobeo?...

Margarito miró a la distancia, sin oír, como si esperara la aparición de alguien, desde atrás del pitangal.

En su rostro de tierra mal cocida, pasaban las emociones sin dejar rastros.

De los ojos le fué cayendo una luz. La soga muerta, fácil a las manos de todos, daba botes como una víbora.

—¡Güe!... ¿Tas yorando?...

Las lágrimas hacían camino por las mejillas terrosas del negro.

Nunca lo había visto llorar.

—Sí!... Pero no digas a naide... Nu es di hombre...

Teníamos las piernas desnudas, colgando en la barranca. Recogimos los aparejos y los llamos. El monte, entramado de voces y sombras subidoras, nos fué empujando despacito hacia el campo.

Cuando llegamos a la chacra, la noche estaba ceñida por una cincha blancuzca, enjoyada de moneditas de plata.

☼

Al "patroncito" lo succionó la metrópolis y dejó el campo. Margarito se sintió menos dolorido, entonces, en las galponadas. Hubo más cielo para él. Lidiaba en livianos trajines con las mujeres de las cocinas o hacía mandados de los peones. Le pegaban coscorrones o guascazos sin asco. Un tanto por costumbre y otro tanto porque el negro se estaba poniendo "medio ido" y solía gruñir a lo perro viejo.

Hacía dos veranos que el patroncito no venía a la estancia. Tendría asuntos en Montevideo. Polleras, decían.

El capataz recibió, de improviso, una carta, ordenándole que le mandara caballo aperado a la estación del ferrocarril. Las tijeras de esquilar relampagueaban, parleras, en el galpón grande. Sacaron de la cancha a Margarito, que hacía el "benteveo" y el "médico" de sol a sol, y lo pusieron en el camino, con un caballo de tiro.

El viajero lo acogió con cierta jovialidad dispensadora. Y como venía con otro mocito de Montevideo — fino, maturrango y amarillento — dejó a pie a Margarito. Su petiso lobuno sirvió al forastero.

—Vos andate a patacón, cortando campo...

Y salieron apareados, al trote manso, animando el diálogo con bocanadas de humo claro. Describían semicírculos con el brazo, chuceando el horizonte con el mango del rebenque. Los hechos del contorno se avivaban.

Margarito — casi contento — siguió la marcha de los jinetes.

Había tres leguas por las gambetas bayas de los trillos. Pero, a campo traviesa, la estancia se acercaba mucho.

Los vuelos sedeños de las lechuzas y el griterío circular de los teru-teros, rastreaban al negro, que caminaba blandito, sumido entre los chilcales.

☼

Como Margarito desapareció de la chacra, busqué pretexto para ir a la estancia. Corté lechugas crespas, rojizas y achatadas, y las metí en una canasta de damajuana.

Al desembocar en el guardapatio, la sirvienta de "adentro" me atajó el juego. Se dejó venir con su rosario:

—Yandás sonsacando a Sobeo?... Seguí viniendo, que a lo mejor vos tamién téncontrás algún arriadorazo orejano... Si vieras como tá de avispao el negro! Un mes cortón le ha bastao al patroncito pa ponerlo de rienda...

Y siguió pasando sobre la vida y penurias de Margarito, como una rastra sobre la escarcha.

Hizo una pausa. Ojeó las lechugas despectivamente. Siguió.

Cuando se agachó, para fregar con arena una ollita ventruda, estuve tentado de darle una patada en las nalgas desparramadas y meterla de cabeza entre los tizones canosos de cenicita ondulada.

Simulé la retirada. Llegué hasta el tartagal, compacto y siempre minado de gallinas, que se levantaba cerca de las porquerizas. Rodeando los trojes, la caballeriza, el dormitorio de los peones, fuí a desembocar al corral de los terneros, que terminaba en un galpón chato, con la quincha a un metro del suelo. Parecía una gallina con las alas extendidas, escondiendo los polluelos de la voracidad de los chimangos.

En el fondo estaba Margarito, con un latón circular entre las piernas, desgranando maíz. Ponía las espigas en cruz, las apretaba y luego le hacía un juego como quien saca lustre a un mate nuevo.

El marlerío blanco subía en espuma, dejando sólo un hueco, por donde se metía el negro y el recipiente de los granos que garuaban un ruidito sordo.

—¡Gué!... ¿Se te descompuso la desgranadora?...

No. La desgranadora marchaba bien. El patrón lo hacía desgranar a mano, mientras dejaba otras tareas, "pa que no haraganiara".

La soledad era un alivio físico para Margarito. Pero lo apretaba. La espalda aparecía más hundida.

Tenía las manos hinchadas y enrojecidas en la palma. Las muñecas abiertas, ceñidas con guasquitas lanudas.

—Iba a dir esta nochecita a tu casa...

—¿De noche?... Serás lobizón, ahora...

Se paró de golpe y me puso las manos sobre los hombros. Me metió los ojos hasta el corazón.

—¡Sos mi amigo!... Perame esta noche nel esquinero grande... ¡Que no te vean!...

Después me empujó suavemente, guiándome fuera del galpón, como si yo fuera un ciego.

☼

Olivera estaba en la bolsa del arroyo. Margarito lo había adivinado en la siesta, atalayando en una lomita cercana a las casas. Por el volido de los cuervos o el azoramiento de las palomas, que son una línea recta cuando resbalan sin miedo por el cielo. No habría sido, seguramente, por el humo del fueguito donde hervía la pava o goteaba, despacio, el asado de oveja. Eso no. Porque Olivera sabía buscar la dirección del cauce y el abrigo de las barrancas y hacer allí un nidito de leña seca, encenderla y largar el humo, agachándose sobre las aguas, caminando con pies livianos, hecho felpilla de la corriente.

Olivera y sus compañeros tenían que dar un reposo a los caballos de carguero, dóciles para caer en ristra a las picadas. Venían contrabandeando apurados desde el Chuy. Alivianados, pegarían la sentada esa misma noche.

Margarito y Olivera se habían encontrado muchas veces en el monte. El contrabandista le tenía lástima. Hacía tiempo que el negrito le pedía que lo ayudara a huirle a la estancia, llevándolo a cualquier parte. Al Brasil, si fuera posible. Esta vez Margarito insistió con vehemencia y lágrimas de hombre.

Olivera se ablandó y le prometió un caballo.

—Conseguite un aperito y vení... T'esperamo hast'al lucero...

Cuando llegué al esquinero grande, ya estaba Margarito. Sentado sobre un montón de sombras, que eran pilchas rejuntadas. Le faltaba la cincha. Volví a las casas y le traje la única disponible: la de ensillar para arrastrar el barril. Al tanteo, tomé unas bolsas de arpillera y se las llevé:

—Pa que te hagas un ponchito...

Margarito reató en silencio su equipo de matrero. Después me dijo:

—Solo te viá pedí dos cosa: que siga siendo mi amigo y que no digas que me juí a cabayo...

Le temblaban las manos y la voz.

Esa noche no pude dormir. Daba vueltas buscando el sueño, como un cuzco buscando un bicho entre las matas. Me levanté en la madrugada, esperando la salida del lucero. Cuando apareció, bajito, con su luz grande y azulada, le hice un saludo con el brazo. Lo hice sin querer.

☼

Cerca de mediodía la estancia empezó a hervir en movimiento.

Un hombre salió a galope tendido hacia la portera y tomó el camino del pueblo. Iba atado a un poncho claro que era una nube loca.

Me acerqué a los guardapatios, indagante. Las mujeres escandalizaban, desesperadas. Lloraban, gritando y levantando los brazos.

El capataz pasó por mi lado, sin verme. Iba con la cabeza agachada y el sombrero a los ojos. Mandó ensillar y recorrer la costa, con voz entrecortada y áspera.

—Revisen bien... Burquen en todas las matas... Si es preciso, prendanlén juego a los pajonales y al espartiyo!...

—No podrá arrastrarse muy lejo ese negro deshecho...

Los peones galoparon en abanico hacia el campo. La perrada, nerviosa, vanguardiaba en zig-zag, adivinando el rumbo.

El "patroncito" estaba quieto en la cama. Quieto para siempre, en un cuajarón de sangre. Con la cabeza volcada hacia atrás.

Dos agregados, que se aprestaban a disfrutar de un velorio "bueno", comentaban en la cocina:

—Lo han agarrao a lo capón, al pobrecito...

—Es un tajo bagual...

Del libro "Los Molles".

SOCIALES

fotos de Marchese



Sra. María Celia Raffo de Hernandez y su hijita Celia.



Sta. Tota Barrios



Sta. María R. Cruz Berriel









JUEGOS ATLETICOS

en el

INSTITUTO GRANDO







Juegos atléticos en el Instituto Crandon, con alumnas a las que el ejercicio corporal ha acrecido la belleza de línea firme y armónica, evidencia de la gracia en sus cuerpos elásticos y jóvenes. Necesariamente se asocia a este espectáculo de los bellos cuerpos tersos, el de las olimpíadas que sirvieron para que los artistas crearan esa maravilla plástica, mezcla de la observación exacta e idealismo, que constituye una de las cualidades más características del arte griego. Y mientras en las pinacotecas y exposiciones actuales aparecen torturados de retorcimiento y fealdad las figuras femeninas, en los gimnasios se desmiente esa falsedad con la airosa exhibición de la estatua humana, más bella cada vez por el ejercicio de la disciplina gimnástica, y animada de esa alegría y risa que da la salud física.









UNA CURACION

• POR MARGARITA CUMERT •

Por el golpe de vista, por el diagnóstico, por la autoridad y el encanto... añadido a ésto una brillante salud y un excelente buen humor... el doctor Merane era el "sarampión" de todas sus clientas. Pero él no descubría en ésto motivos para una mayor exaltación. Casi volcando la treintena no había vivido aun el amor sino con mujeres que él tomaba sin preocuparse mucho y de las que se alejaba sin mayores historias, hasta que un día los gritos desesperados de su portera lo llamaron junto al lecho de esta chicuela que jugaba a la muerte porque un amigo la había abandonado.

Cuando él acudió, los vecinos, alarmados por el olor metálico y pútrido del gas de alumbrado, acababan de hechar abajo la puerta. La hornalla sin llamas exhalaba todavía su aliento envenenado y el penúltimo soplo se detenía en los labios azules de Magdalena. Porque era muy bella, un rostro de niña, senos en flor y alargadas piernas de nacarados tobillos, porque en su calidad de médico, en este primer encuentro la había desvestido, abrigado, despertado, la consideró de inmediato como suya y sintió celos de Julián, por quien ella deseaba morir. Querer morir cuando se posee un cuerpo tan bonito y flexible, unas naricillas palpitantes!... Querer morir¡...

A medida que pensaba en ésto una revuelta humana que bramaba en él, se agravaba y confundía con un oscuro despecho masculino. Sin duda fué por ésto que no pudo abstenerse de interrogar a la portera respecto del joven.

—Oh! No es gran cosa, señor doctor, se lo aseguro! Un muchacho cualquiera, como pasan cientos por hora en cualquier calle de París... Ni rubio ni morocho... Ni grueso ni delgado... Pero ella se prendía de su brazo!!... Y cómo lo miraba!... Es preciso haberlo visto para comprender lo ocurrido... Sin contar con que él se casa la semana próxima. Quiera dios que ella no vuelva a las andadas!

El médico replicó con seguridad.

—Esté tranquila, no volverá.

Sabía cuán raro es que se renueven semejantes iniciativas. Además, vigilaba.

Continuó visitando cotidianamente "a su pequeña Magdalena". Después de haberla curado de las sacudidas físicas, la cuidaba moralmente. Era una dactilógrafa que trabajaba en su domicilio. Le procuró trabajo. Y cada noche, terminada la visita de sus enfermos, antes de reintegrarse a su casa, subía a verla al sexto piso, en el caserón, al fondo del patio. Al principio ella se sorprendió. Pero supo imponérsele a fuerza de dulzura y persuación.

—Sí, soy yo, una vez más... Vengo a ver si se conduce prudentemente... Ud. ha llorado... Sí, sí... ya me doy cuenta... Y que hace sola, sin luz? Claro que sí. Desde abajo he visto su ventana apagada.

—Recién entraba.

—Será verdad? Mucho me temo que no lo sea y que Ud. no se haya paseado más que por el país de los recuerdos. Magdalena, mi pequeña, hay que cambiar... Es joven y es tan bella la vida!... Y Ud. también es tan bella...

—Y si es así, por qué él me dejó?

—Es un mal individuo quien hizo eso... Pero hay otros, muchos que la amarían tanto como Ud. quisiera!... No tiene más que quererlo.

—Eso no me preocupa.

—Tanto peor. Ud. es una pobre chica que no sabe ni de la felicidad, de la desgracia. Sólo hay una verdadera desgracia: y es cuando el tiempo del amor ha pasado! Pero Ud. que está en el dintel de la maravillosa estación, por qué se aparta de la fiesta? Por qué pierde días que no volverán, días preciosos contados para Ud. como para todo el mundo?

Agotaba así su filosofía y su elocuencia... Distraída, amargada, la joven lo oía sin dignarse una respuesta. Tampoco respondió cuando él le juró que la amaba, que su amor sería eterno, ni cuando le pidió un beso y lo tomó y después, otro... y otro... y otro...

Pero, cuando le anunció que iba a partir por un mes, de vacaciones, y le propuso llevarla consigo, acepto con una sonrisa de encantada confusión, que explicó ingenuamente:

—Nunca Julián me llevaba a pasear.

Con ingenuidad semejante, replicó él:

—Entonces me va a querer más!

—Oh! No es la misma cosa, dijo ella bruscamente en tanto que un alma cargada de nubes asomaba en sus claros ojos.

Fué la última vez que hablaron de Julián.

En una agitada playa del océano, en la inconstante luz de los cielos de tormenta, en un viento salubre que engendraba olas y torcía los pinos, fueron amigos, fueron amantes de todo corazón, con todas sus fuerzas! Cada noche la niña se dormía un poco más colmada de caricias, un poco más bella de felicidad. Y cada mañana, cuando él se inclinaba sobre la tibieza rosa de su sueño, recordaba sus labios violetas de asfixia y sus pequeños pies de muerta después del abandonado de Julián.

Actualmente, se había olvidado de Julián... Era él a quien ella amaba... El. Pero ésto no le bastaba... Experimentaba extraño deseo de atraer hacia él esa misma violencia y esa desesperación que le había conocido por el otro. Le vino una tentación que rechazó al principio con horror, pero que continuó obsesionándolo a tal punto que un día cedió.

Quería que una vez, nada más que una vez, un instante siquiera, ella llorara por él como la había visto llorar por el otro, desencantada y renegando de la vida a causa del desengaño.

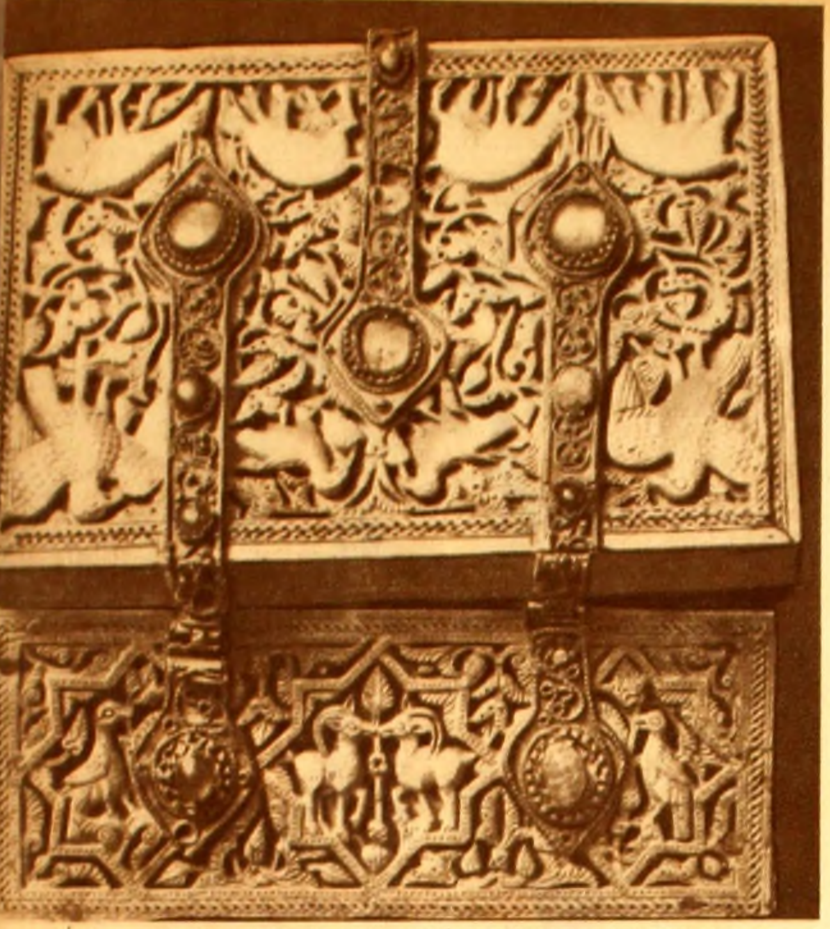
Inventó una historia complicada y, a fuerza de alusiones y de reticencias, supo hacerle pensar que se alejaba de ella, que estaba preparando la ruptura. Entonces ella le dijo con una mirada grave y una melancolía llena de resignación:

—Adivino lo que te inquieta. Puedes estar tranquilo. Puedes soñar en tu felicidad sin atormentarte por mi causa. La vida es la vida, he aprendido muchas cosas. Sé que ésto pasa y vuelve a recomenzar... No tengas miedo. No hay peligro que vuelva a caer en la torpeza de la otra vez...

A medida que hablaba, él empalidecía, empalideció tanto que ella temió un mal entendido y, estupefacta, desconcertada, se detuvo sin explicarle por qué era prudente, razonable, porqué estaba definitivamente curada.

ilustró Cristar





Arqueta de marfil. La inscripción contiene eulogias "para su dueño" simplemente, pero es seguro que corresponde al taller califal de Córdoba, antes de finalizar el siglo X.



La reproducción pertenece a uno de los costados de una arqueta, y se dan en ella figuras de cazadores, pequeñas y rudas, mostrando en todo una decadencia notoria. Su letrero consigna que fué hecha en el año 1049, y que fué su autor Abderrahmann. Resulta pues, la última española fechada.

LAS ARTES INDUSTRIALES en ESPAÑA Y EN EL MAGREB



...ro frente de la arqueta de Fitero. La fecha corresponde al 966 y probable... ...nte fué donación del califa Alhaquen II a su primogénito Abderrahman.



Arqueta de marfil, procedente del monasterio de Fitero. — Dice su inscripción: "En el nombre de Dios: bendición de Dios y felicidad y dicha y alegría y gracia para su más amado hijo. Entre las cosas que hizo en Medina Azahra en el año 355. Lo hizo Jalaf". — Este es el único artista citado en los marfiles cordobeses.

Esta arqueta es la más grande y ostentosa, dentro de esta serie; con representaciones humanas y de animales, que le prestan altísimo valor, y su leyenda acredita que fué hecha en 1005 para Abdelmelic, hijo del célebre Almanzor. La cerradura de hierro es postiza e indigna.



De Marruecos ha partido la famosa civilización árabe que lanzó sus destellos en España; mas hoy el fanatismo ha destruído todo lo que no fuera un estudio rutinario de los libros sagrados, y en las bibliotecas no queda más que un poco de teología.

La arquitectura había alcanzado gran esplendor y aun ahora se construye con cierta grandiosidad y gusto. Lo más notable que subsiste son los minaretes y las mezquitas, de torres cuadrangulares u octógonas, compuestas de varios pisos y adornadas con graciosos arabescos y ojivas. Los minaretes de la Kutubia, en Marrakesch, y de Hasan, en Rabat, son modelos perfectos del arte árabe occidental,

En las artes islámicas del metal se aprecia claramente el efecto de orientación estilística de las prescripciones religiosas, como se advierte en la prohibición de imágenes y de objetos confeccionados con metales nobles, normas que venían a expresar la ruptura con las antiguas tradiciones. Analogamente al Oriente antiguo y a China, en los países del Islam los utensilios de bronce sirvieron para fines astrológicos y mágicos, y aún después de desaparecidas estas simbólicas concepciones, continuaron perdurando las antiguas formas. Sólo como una consecuencia de estas ideas, en parte populares, existen y pueden explicarse los numerosos aguamaniles y braseros que revisten la forma de determinados animales, siempre repetidos, como gallinas y palomas, grifos y dragones, caballos, leones, ciervos, que forman parte de la decoración de vasijas, en unión con los predilectos signos del zodiaco y con signos cabalísticos, y muy particularmente en unión de la escritura que se manifiesta aquí en todas sus variedades: cúfica, nesji, tumar y redonda, y la llamada "escritura parlante", es decir, la decorada con cabezas humanas en la extremidad superior de las astas de las letras.

ARTE ESCENICO



YVA LEE ROY

Bailadora y zapateadora americana, que forma parte del programa del espectáculo matutino de hoy en el Teatro 18 de Julio.



CELIA MONTALBAN

En el Teatro 18 de Julio está actuando esta notable artista mexicana, con repertorio de canciones típicas de su país, viniendo precedida de concentuosos elogios de la prensa parisina, ante cuyo público acaba de actuar instalada en "Ambassadeurs", comparándose su encanto al "encanto de Raquel Meller en su buen tiempo", según "Le Soir" (París). Con el espectáculo matutino de hoy realiza esta artista su función de despedida.







CINE FRANCES

LA MARCHA DE TARAS BOULBA. — En el Marignan, de Paris, acaba de estrenarse el film de Granomski, "Taras Boulba", motivo ruso mongólico, realizado por operadores rusos, con música rusa, y ofrecido a un públieo que en el estreno, fué en su mayoria formado por rusos residentes en Paris, alcanzando un gran suceso. Las crónicas francesas recibidas por avión, —conjuntamente con estas notas fotográficas que constituyen una verdadera primicia para nuestros lectores—, elogian toda la realización de la pelicula, y destacan la música de la marcha de Taras Boulba, fogosa y colorista, "advirtiéndose la belleza poética de la letra entre el tumulto de los coros", composición del poeta uruguayo Andre de Badet, autor de todos los motivos líricos de la cinta. Aparecen en la nota superior una escena del campo de cosacos, y en el centro Harry Baur. En la nota inferior, Janine Crispin, Harry Baur y Roger Duchesne.

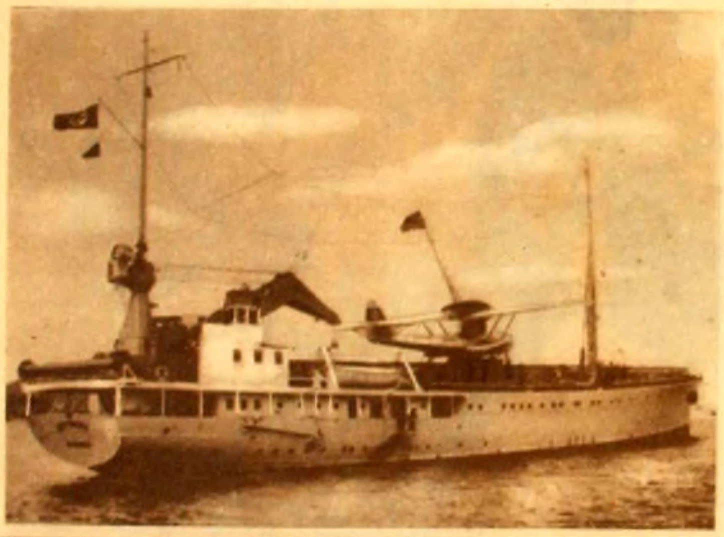
"PRINCESSE TAM - TAM". — Esta es otra de las peliculas francesas de reciente estreno en Paris, con nuestra conocida Josefina Baker de protagonista.





Balas de cañón de alto calibre, encontradas en los campos del oeste de Francia.

VARIEDADES.



Un campo de la frontera francesa donde se realizan delicados trabajos para limpiarlo de los proyectiles enterrados durante la Gran Guerra.



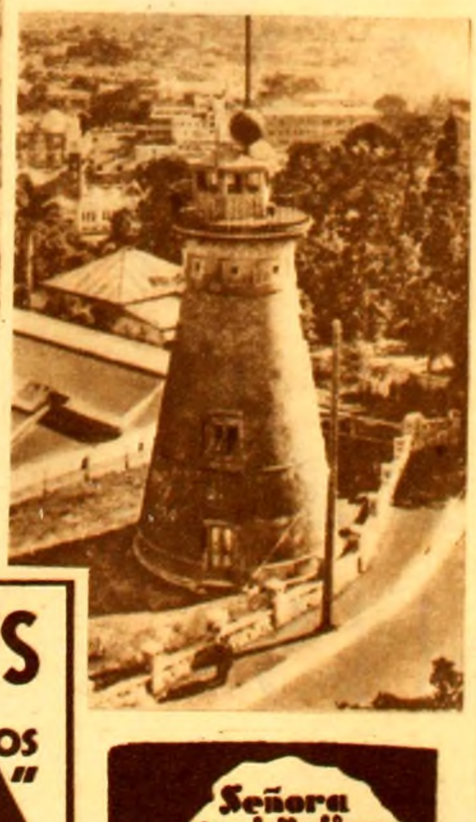
Un nuevo aerodromo flotante para el servicio aéreo entre Alemania y Sud América: "El Ostmark", especialmente construído para hidroaviones.



Un hidroavión lanzado por la catapulta del Ostmark", durante las pruebas realizadas en el Báltico.

El rey Faruk de Egipto es recibido en la estación de ferrocarril a su llegada al Cairo, para visitar la tumba de su padre, recientemente fallecido.





Una estación de televisión instalada en una vieja torre del Observatorio de Brisbane, Inglaterra, donde se efectúan importantes investigaciones.







Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

El ataque de Erik



Casa Soler

SOLAMENTE

HASTA EL







31

DEL CORRIENTE

No sea vd. una de las arrepentidas por no haber aprovechado esta oportunidad.

LIQUIDAMOS

EN NUESTRAS TRES CASAS